

DE CAJAMARCA AL PACIFICO

ALEXANDER VON HUMBOLDT

El estrecho camino de Micuipampa a la antigua ciudad incaica de Cajamarca, resulta difícil hasta para las bestias de carga. El nombre original de la ciudad era Cassamarca o Kazamarca, esto es, la ciudad de las heladas. Marca, en su significación de villa, pertenece al dialecto norteño chinchaysuyo o chinchasuyu, mientras que en el idioma quechua corriente puede significar planta de una casa o también protector o fiador. Durante cinco o seis horas atravesamos una serie de páramos, donde estuvimos expuestos casi sin interrupción a la furia de las tempestades y a ese granizo de cantos filosos, tan característico de las cumbres andinas. El camino se mantiene a una altura de 2.920 a 3.250 m. y me dio ocasión para practicar una observación magnética de interés común, relacionada con la determinación del punto en el cual la inclinación norte de la aguja pasa a la inclinación sud, o sea en el cual el Ecuador magnético era atravesado por los viajeros. Cuando se alcanza por fin la última de esas selvas de montaña, del Páramo de janguanga, la mirada se explaya gozosa por el feraz Sivalle de Cajamarca. El panorama es estupendo, pues el valle por el cual serpentea un riacho forma una meseta ovalada de una superficie de 330 a 385 km². Es parecida a la meseta de Bogotá y quizá al igual que ella, sea el fondo de un antiguo lago. Allí sólo hace falta el mito del hechicero. Botschika o Idacanzas, el sumo sacerdote de Iraca que abrió una brecha en las rocas para dar salida a las aguas de Tequendama. Cajamarca se encuentra a una altura superior en 200 metros a la de Santa Fe de Bogotá y por lo tanto similar a la de Quito, pero por estar protegida en derredor por montañas tiene un clima mucho más moderado y agradable. El suelo es de una magnífica fertilidad. Lo cubren sembradíos y huertos, alamedas de sauces, variedades de daturas de grandes flores rojo sangre, blancas y amarillas, mimosas y hermosos árboles de quinua. El trigo produce en la Pampa de Cajamarca un promedio de 15 a 20 quintales, pero a veces las heladas nocturnas que origina el cielo sin nubes en los delgados y secos estratos de la atmósfera de montaña y que no se notan en las viviendas techadas, frustran la esperanza de ricas cosechas.

Pequeñas cimas de pórfido (tal vez en otros tiempos islas de un antiguo lago aún no agotado) se elevan en la parte norte de la planicie e interrumpen yacimientos de arenisca de vasta extensión. Desde lo alto de una de estas cimas de pórfido, en el Cerro de Santa Polonia, disfrutamos de un panorama encantador. La antigua residencia de Atahualpa está rodeada por este lado de huertos y alfalfares regados a la manera de praderas. A lo lejos, se ven ascender por el aire las columnas de humo de los baños termales de Pultamarca, que aún hoy llevan el nombre de Baños del loca. Comprobé que la temperatura de estas fuentes sulfurosas era de 69⁰ C. Atahualpa pasaba parte del año en los baños, donde algunos endebles restos de su palacio lograron resistir el vandalismo de los conquistadores.

Por su regular forma circular, la grande y profunda pileta (el tragadero) me dio la impresión de haber sido tallada artificialmente en la roca, sobre una de las grietas de la fuente. Según la tradición se habría hundido en ella una de las doradas sillas de mano, la cual fue buscada en vano.

En la ciudad, adornada por bellas iglesias, también se han conservado sólo restos insignificantes del castillo y del palacio de Atahualpa. El furor alimentado por la sed del oro con que a fines del siglo XVI se derribaron muros y debilitaron desaprensivamente los chimentos de todas las viviendas en busca de tesoros enterrados, aceleró la destrucción. El palacio del Inca se levantaba sobre una colina de pórfido. Originalmente, fue explotada y excavada a tal punto en la superficie (es decir, en las salientes de los estratos rocosos que rodeaba a la residencia principal casi como una muralla. Sobre parte de las ruinas se ha erigido una prisión municipal y la Casa del Cabildo. Estas ruinas son aún las mejor conservadas, pero si; altura no alcanza sino unos cuatro a cinco metros frente al convento de San Francisco. Como se puede observar en la casa del cacique, constan de sillares bien labrados de sesenta a noventa cm de largo superpuestos sin empleo de argamasa, al igual que en el Inca-Pilca o Castillo fortificado del Cañar en la meseta de Quito.

En las rocas de pófido aparece excavado un pozo que otrora conducía a aposentos subterráneos y a una galería, de la cual se asegura llevaba hasta la otra colina de pófido ya mencionada, la de Santa Polonia. Estos dispositivos indican que se tomaban previsiones para los tiempos de guerra y, asegurar la huida. Además, enterrar tesoros siempre fue una costumbre muy difundida en el antiguo Perú.

Todavía se encuentran debajo de muchas viviendas de Cajamarca, camaras subterráneas.

Nos mostraron gradas cavadas en la roca y el llamado Pediluvio del Inca. Este lavadero de los pies del soberano era acompañado por molestas ceremonias cortesanas. Los edificios contiguos, según la tradición destinados a la servidumbre del Inca, también estaban contruidos en parte con sillares y provistos de fachada, y en parte con ladrillos bien moldeados, unidos con un cemento combinado con guijarros (muros y obra de talla). En la construcción de las últimas aparecen vigas abovedadas (ahuecamientos murales), de cuya antigüedad dudé por mucho tiempo, aunque injustamente.

En el edificio principal se muestra a los visitantes el recinto donde el infortunado Atahualpa fije mantenido prisionero durante nueve meses a contar de noviembre de 1532; asimismo, el muro en el cual hizo la marca hasta donde llenaría de oro ese recinto si lo liberaban. Jerez en su obra "La conquista del Perú" que nos conservó Barcia, Hernando Pizarro en sus cartas y, otros escritores de aquella época indican distintas alturas. El atormentado príncipe dijo: "El oro en barras, planchas y recipientes se apilan, hasta donde alcance con la mano". Según Jerez las medidas del recinto mismo habrían sido de siete metros de largo por cinco a seis metros de ancho. Garcilaso de la Vega, quien salió del Perú en 1560 cuando contaba veinte años de edad, estima en 3.838.000 ducados de oro los tesoros de los Templos del Sol de Cuzco, Huaylas, Huamachuco y Pachacamac reunidos hasta el 29 de agosto de 1533, aciago día en que fue sacrificado el Inca.

En la capilla de la prisión municipal, construida sobre las ruinas del palacio inca, se muestra a los crédulos horrorizados la piedra den la cual aparecen "manchas de sangre imborrables". Se trata de una losa

muy fina de unos cuatro metros de largo emplazada frente Sal altar, cortada quizá en las canteras de pórfido o traquita de los alrededores. No está permitido realizar un examen exacto de la piedra mediante fracturas. Las tres o cuatro manchas en cuestión parecen provenir de una concentración de hornblenda o anfíbol en la masa básica de la roca. A pesar de haber visitado Perú cien años después de la toma de Cajamarca, el licenciado Fernando Montesinos difundió la fábula según la cual Atahualpa habría sido decapitado en la prisión y en el lugar de la ejecución habrían quedado las huellas de su sangre. Lo que es indiscutible y ha sido corroborado por muchos testigos oculares es que el Inca engañado, aceptó voluntariamente ser bautizado con el nombre de Juan de Atahualpa por su fanático e infante perseguidor, el monje dominico Vicente de Valverde, para evitar ser quemado vivo en la hoguera.

Su ejecución se realizó a cielo abierto, públicamente y en el garrote por estrangulación. Otra leyenda dice que sobre la piedra donde se consumó la ejecución se erigió una capilla y debajo de ella descansa el cuerpo de Atahualpa. Quedarían entonces sin explicación las manchas de sangre. Sin embargo, el cadáver jamás yació bajo esa piedra. Después de una misa de difuntos y solemnes honras fúnebres a las que asistieron los hermanos Pizarro con ropas de luto, fue enterrado en el cementerio del Convento de San Francisco y más tarde trasladado a Quito, ciudad natal de Atahualpa. Este traslado se hizo atendiendo a la última voluntad del Inca agonizante. Impulsado por su astucia y sus ambiciones políticas, el enemigo personal del Inca, el desalmado Rumiñahui (rumi=piedra; ñahui=ojo, en quechua) llamado así a raíz de tener un ojo desfigurado por una verruga, organizó en Quito un entierro solemne.

En Cajamarca, entre los tristes restos arquitectónicos de un antiguo esplendor desaparecido viven los descendientes del monarca.

Es la familia de Astorpilco, el cacique indio o curaca según el idioma quechua. Esta familia vive en una gran pobreza, pero sin penurias, sin quejas, llena de resignación en una dura e inocente fatalidad. En Cajamarca, nadie pone en duda su descendencia de Atahualpa por

línea materna, pero los vestigios de barba indican una posible mezcla con sangre española. Huáscar y Atahualpa, los dos hijos de Huayna Capac, algo liberal para ser el gran hijo del Sol, que reinaba en tiempos de la irrupción de los españoles, no dejaron hijos reconocidos. Atahualpa hizo prisionero a Huáscar en las planicies de Quipanpan y poco después lo mandó matar en secreto. De los otros dos hermanos de Atahualpa, del Toparca a quien Pizarro hizo coronar inca en otoño de 1533 y de Manco Capac, el más emprendedor, coronado también pero luego declarado en rebeldía, no se conocen descendientes varones. Atahualpa dejó un hijo que en su bautismo recibió el nombre de don Francisco y murió muy joven y una hija, doña Angelina, con la cual Francisco Pizarro convivió y tuvo un hijo muy caro a sus sentimientos, el nieto del ajusticiado soberano. Fuera de la familia de Astorpilco, con la cual tuve contacto en Cajamarca, eran considerados en aquel tiempo parientes de la dinastía incaica los Carguaraicos y los TITU-BUSCAMAYTA. Pero esta última familia se ha extinguido ya.

En su gran indignación, el hijo del cacique Astorpilco, un joven amable de unos diecisiete años que me acompañó a reconocer las ruinas del viejo palacio, había llenado su fantasía con las imágenes de la magnificencia subterránea y los tesoros en oro cubiertos por las montañas de escombros sobre las que deambulamos. Me hizo el relato de uno de sus antepasados que vendó los ojos a su esposa y la condujo a través de muchos vericuetos, tallados en la roca hasta los jardines subterráneos del loca. La mujer pudo admirar allí artísticas imitaciones de árboles del oro más rico, con su fronda y sus frutos, pájaros posados en sus ramas y la muy buscada silla de mano (una de las andas) de Atahualpa. El hombre prohibió a su esposa tocar riada de aquella obra de maravilla, pues no había llegado aún la hora anunciada desde hacía mucho tiempo, la de la restauración del imperio incaico. Quien se apropiara el tesoro antes de ese momento, debería morir esa misma noche. Estos sueños y fantasías doradas del muchacho se basaban en recuerdos y tradiciones de la prehistoria. La magnificencia y el lujo de los jardines artificiales (jardines o huertas de oro) fue descrita por muchos testigos oculares: Cieza de León, Sarmiento, Garcilaso y otros

cronistas anteriores a la época de la Conquista. Se los ha encontrado bajo el Teniplo, del Sol en Cuzco, en Cajamarca, en el encantador valle de Jucay, uno de los lugares de residencia predilectos de la familia imperial. Cuando las huertas de oro no eran subterráneas, alternaban con las imitaciones plantas verdaderas. Entre las primeras se citan siempre como las mejor logradas las plantas de maíz con sus mazorcas.

La confianza en fertiliza con la que el joven Astorpilco declaraba que bajo mis plantas, algo a, la derecha del lugar donde me encontraba, una datura de grandes flores, y un guanto artificial modelado con alambres y chapas de oro, cubría con sus ramas el sillón de descanso del Inca, me causó una profunda aunque sombría impresión. La ilusión y las imágenes etéreas vuelven a ser aquí un consuelo respecto a las grandes necesidades y los pesares terrenales. Pregunté al muchacho - ¿Dado que tu padre y tú creéis tan firmemente en la existencia de estos jardines, no sentís a veces el deseo de desenterrar esos tesoros para subsanar vuestra pobreza. La respuesta del adolescente fue tan simple, tan llena de esa expresión de callada resignación, típica de la raza de los Primitivos habitantes del país, que no pude menos que anotarla en castellano en mi diario: -No nos vienen tales antojos. Padre dice que fuese pecado. Si nos apoderáramos de todas las ramas doradas junto con sus dorados frutos, los vecinos blancos nos odiarían y perjudicarían. Poseemos un pequeño y buen trigo". Pocos lectores censurarán, a ni; juicio, que recuerde aquí las palabras del joven Astorpilco y sus doradas fantasías.

La creencia tan difundida entre los nativos acerca de la puntualidad y la amenaza de desdichas para toda una estirpe si se echaba mano de los tesoros enterrados que pertenecieron al Inca, se relaciona con la de la restauración del imperio incaico, vigente en particular en los siglos XVI y XVII. Toda nacionalidad sojuzgada anhela la liberación, una reedición del viejo régimen. La huida de Manco Inca, el hermano de Atahualpa, a los bosques de Vilcaparipi en la pendiente oriental de la cordillera, la permanencia de Sayri Túpac y del inca Túpac Amaru en aquellas selvas dejaron recuerdos imborrables. Se creía que entre los ríos Apurímac y Beni o más al este, en la Guayana,

estarían radicados descendientes de la dinastía destronada. El mito de El Dorado y de la dorada ciudad de Manoa que circuló de oeste a este multiplicó esos sueños.

Inflamaron a tal punto la fantasía de Raleigh, que éste preparó una expedición con la esperanza de conquistar la ciudad insular, dejar en ella una guarnición de 3.000 a 4.000 ingleses e imponer al emperador de Guyana, descendiente de Huayna Capac y, que mantenía una corte tan suntuosa como aquel, un tributo anual de 300.000 libras esterlinas, como precio por su prometida restauración en Cuzco y Cajamarca. Hasta donde se ha difundido la lengua quechua peruana se han conservado en las mentes de muchos de los nativos más versados en la historia de sus antepasados vestigios de esta esperanza en el retorno del imperio inca.

Permanecemos cinco ellas en la ciudad del Inca Atahualpa, poblada en hasta entonces por unas 7.000 u 8.000 almas. La gran cantidad de bestias de carga indispensables para el transporte de nuestras colecciones y la esmerada selección del guía que nos conduciría a través de la Cordillera de los Andes hasta la entrada del desierto peruano de Sechura, una larga y estrecha lengua de arena, demoró nuestra partida. El paso por la cordillera se liaría de nordeste a sudoeste. Tan pronto se abandona el antiguo lecho lacustre de la encantadora meseta de Cajamarca, y se asciende a una altura de escasos 3.118 m, el viajero queda atónito frente a la vista de dos grotescas colinas de pórfido, Aroma y Cuntureaga (el asiento predilecto de ese imponente buitre cine conocemos con el nombre de cóndor, en quechua: cacca=piedra). Forman estas colinas prismas pentagonales, de una altura de unos once a doce metros, en parte divididas y encorvadas. La cima de pórfido del Cerro Aroma es particularmente pintoresca. Por la distribución de sus hileras de columnas superpuestas, a menudo convergentes, semeja un edificio de dos pisos. Corona ese edificio a manera de cúpula una compacta masa rocosa de superficie redondeada, no separada en columnas. Estas salientes de pórfido y, traquita caracterizan a las altas crestas de la cordillera y dan una fisonomía que no ofrecen los Alpes suizos, ni los Pirineos, ni el Altai de Siberia.

De Cunturcaga y Aroma se desciende en zigzag por la escarpada pendiente rocosa unos 1.950 m para llegar al valle de Magdalena, un precipicio, cuya cima se encuentra aún a 1.300 m. Sobre el nivel del mar. Unas pocas chozas miserables, rodeadas de ceibas (*Bougainvillea discolor*), que vimos por primera vez a orillas del Amazonas, constituyen una aldea india. La precaria -vegetación del valle es similar a la de la provincia Jaén de Bracamoros, si bien echamos de menos las rojas matas de *bougainvillea*. El valle es de los más profundos que conozco en la cadena de los Andes. Es una hendidura, un verdadero valle transversal, orientado de este a oeste, encajonado entre los Altos de Aroina y Guancaniarca. Comienza en la misma formación de cuarzo que siempre me ha resultado tan enigmática, y que habíamos observado en el Páramo de Janaguana, entre Micuipainpa y Cajainarca a 3-570 m. de altura, cuyo grosor en la pendiente occidental de la cordillera, alcanza muchos miles de metros. Desde que Leopold von Buch nos mostró que también en la más elevada cadena de los Andes, a uno y otro lado del Estrecho de Panamá, la formación cretácea está mucho más desarrollada, nos pareció factible que esta formación de cuarzo fuera transformada quizá en su textura por fuerzas volcánicas. Al salir del escabroso valle del Magdalena hacia el oeste debimos escalar nuevamente por espacio de dos horas y media la pendiente de 1.560 m. de altura, opuesta a los grupos porfíricos del Alto de Aroma.

El cambio del clima se nos hizo mucho más sensible al quedar envueltos en repetidas ocasiones por una niebla fría. La añoranza de volver a disfrutar por fin de la libre vista del mar, después de haber recorrido el interior de una región montañosa durante dieciocho meses sin interrupción, era acrecentada por las decepciones a las que nos vimos expuestos. Desde la cima del Volcán Pichincha, paseando la vista por encima de las tupidas de la provincia de las Esmeraldas, no se distingue claramente el horizonte marino, debido a la gran distancia en que se encuentra del litoral y, la altura del lugar. Desde ese punto el observador tiene la impresión de estar mirando al vacío desde un globo aerostático. Se adivina, pero no se distingue. Cuando alcanzamos más tarde el Páramo de Guaniani, entre Loja y Guancabamba, donde perdu-

ran las ruinas de muchos edificios incaicos, los conductores de las bestias de carga nos anunciaron con seguridad que más allá de la planicie, más allá de las depresiones de Piura y, Lambaje que veríamos el mar, pero una densa niebla se cernía sobre el llano y el lejano litoral. Sólo alcanzamos a divisar masas rocosas de variadas formas que por momentos se esfuman. Se alzaban cual islas sobre el ondulante mar de brumas; un panorama similar al que se nos ofreció desde el pico de Tenerife. Nuestra expectativa se vio igualmente defraudada al llegar al paso andino de Guancamarca, cuyo cruce relataré aquí. Tantas veces como ascendimos un tramo al cabo de una hora hacia las formidables crestas de la montaña, espoleados por tensa expectativa, los guías no del todo familiarizados con el camino, nos prometían que nuestro anhelo se vería satisfecho. Por momentos, la capa de niebla que nos envolvía parecía abrirse, pero pronto el círculo visual quedaba restringido de nuevo por hostiles elevaciones.

La añoranza que se siente por ver determinados objetos no depende sólo de sus dimensiones, de su belleza o de su importancia.

En cada individuo está relacionada con muchas impresiones casuales de la juventud, con la predilección evidenciada por ocupaciones individuales, con la proclividad a la lejanía y, una vida ágil. La improbabilidad de ver satisfecho un deseo, significa para la persona un particular acicate. El viajero disfruta por anticipado la alegría del instante en que verá por primera vez la constelación de la Cruz del Sur y la nebulosa de Magallanes, que giran en el hemisferio celeste austral, o las nieves del Chimborazo y las columnas de humo de los volcanes quiteños, una mata de helechos arborescentes o el Océano Pacífico. La realización de esos deseos constituyen en la vida un hito que deja una impresión imborrable, que despierta sensaciones cuya viveza no necesita de justificación lógica. En nuestro anhelo de ver el Mar del Sud desde las altas cumbres de la cadena de los Andes, se mezclaba el interés con el cual el niño escucha embelesado el relato de la osada expedición de Vasco Nuñez de Balboa, el hombre afortunado que seguido por Francisco Pizarro fue el primer europeo que pudo contemplarla parte oriental del Mar del Sud desde las cumbres de Cuareca en

el estrecho de Panarná. Por cierto, las riberas pobladas de juncales del Mar Caspio que vi por primera vez en el delta del río Volga, no se pueden calificar como pintorescas; sin embargo su vista me llenó de alegría, igual al gozo que experimentaba en mi primera infancia al trazar los contornos de ese mar interior del continente asiático. Aquello que es despertado en nosotros a través de las impresiones infantiles, a través de las casualidades de las relaciones de la vida, toma más tarde una dirección más seria y a menudo se convierte en un motivo de trabajos científicos o empresas de amplias miras.

Cuando alcanzamos por fin el punto más elevado del Alto de Guancamarca, después de muchas ondulaciones del suelo en las abruptas crestas de la montaña, la comba celeste, hasta entonces densamente cubierta, empezó a despejarse. Un violento viento del sudoeste dispó las brumas azul profundo del liviano aire de la montaña asomó entre las apretadas hileras de las nubes más altas y plumosas. En maravillosa proximidad aparecieron ante nuestros ojos toda la pendiente occidental de la Cordillera cerca de Chorillos y Cascas, cubierta con monumentales bloques de cuarzo de cuatro a cinco metros de largo y los llanos de Chala y Molinos extendiéndose hasta la orilla del mar, cerca de Trujillo. Por primera vez estábamos contemplando el Mar del Sud.

Lo veíamos nítidamente lamer el litoral, una gran masa luminosa llena de reflejos, alzándose en su inconmensurabilidad hacia el horizonte más que intuido. La alegría compartida con mis compañeros Bonpland y Carlos Montufar nos hizo olvidar abrir el barómetro en el Alto de Guancamarca. De acuerdo con las mediciones realizadas más abajo de la cumbre, en una granja solitaria en el Hato de Guancamarca, el punto desde el cual habíamos visto el mar debía estar a sólo 2.860 a 2.920 m.